

# Psicología del terrorista

Por Andrés Silva Haro

Pensar el terrorismo es un acto complejo. Es demasiado riesgoso escribir sobre la psicología del terrorismo con cierta perspectiva y sin caer bajo sospecha de frivolidad intelectual. Mucha gente vive sus días presa de temor a la violencia terrorista; otros pasan de la indiferencia al escepticismo y otros, como no, se alinean desde las trincheras que justifican las acciones terroristas, cuando no lo apoyan abiertamente.

El terrorismo, para todos, es un tema de apasionante interés. La espectacularidad de su acción, la amenaza permanente y el anonimato e imprevisibilidad de sus operaciones lo convierten en una amalgama con propiedades magnéticas.

## Pensar el terrorismo

Una multitud de factores enmaraña la labor de los analistas y especialistas. Y a esto se suman las diferencias de perspectivas de cada una de las especialidades.

Por si fuera poco se pretende, además, explicar el terrorismo con la fórmula más mecánica posible: se sueña con un enunciado universal o una suerte de “manual de uso” que responda al pedido más urgente del público, líderes y fuerzas de seguridad: *simplicidad*.

Ante esta problemática ingresan triunfales los ideólogos y comentaristas de masas, siempre dispuestos a lanzar ideas simples y populares sobre las cosas. En este caso, el perfil del terrorismo suele ser una simplificación pasmosa que debe tranquilizar al ciudadano medio y justificar medidas burocrático/políticas para mantener bajo control la amenaza.

## El problema de fondo

Pienso que ante el desafío los intelectuales no podemos quedar atrás. Un aporte desde el pensamiento debe entregar elementos de trabajo para los especialistas.

Sin embargo, pensar en la postmodernidad es aún más complejo. En tiempos donde la tolerancia se ha convertido en una de las virtudes cardinales, el terrorismo debería ser el paradigma del rechazo cultural.

¿No es el terrorismo, para estos efectos, el paroxismo de la intolerancia?

Las condiciones son claras: las grandes mayorías rechazan la imposición de normas religiosas, órdenes de partidos políticos o decálogos culturales. Los seguidores de las grandes religiones se erigen primero en “tolerantes” antes que en “ortodoxos”, relegando a estos últimos a una posición incómoda y culturalmente repudiada. Las obligaciones emanadas de cualquier autoridad devienen en movilizaciones masivas en defensa de la libertad y la pluralidad. La tolerancia del Iluminismo transmutó en un valor individualista centrado en actitudes sexuales, religiosas, políticas y educativas. Es un consenso curioso: porque la misma tolerancia no puede ser unánime sino plural.

Pero este valor liberal entraña su propia destrucción. A fuerza de permitirlo todo no se apega a nada más que al no apego. Así, la cultura de la tolerancia implica la pérdida de los sistemas cargados de sentido. Asistimos a una caída del sentido y, por

consecuencia, a una cultura sin sentido, a la deriva y con inevitables choques y contradicciones llevadas hasta la indiferencia o, en su reacción, a una militancia emocionada hasta la exaltación.

No es, como se aprecia, un fenómeno originado por una conciencia de “deber” hacia los demás, sino un derivado de la descalificación de los grandes proyectos culturales que excluye *per se* a los enfrentamientos religiosos, políticos o ideológicos. Es una cultura de la autorrealización eventualmente compartida.

En política significará una redefinición hacia un “gerenciamiento” colectivo no excluyente y socialmente eficiente. Todos dentro, cultura del bienestar y rechazo a las posturas autoritarias.

En religión se traducirá en valores compartidos, en ausencia de imposiciones y, por sobre todo, en la omisión de todo interés de conversión. Su acción: humanista y tolerante. La estructura religiosa se des-autoriza para devenir en un modelo fluido y pluralista que permita la búsqueda individual del bienestar religioso dentro del marco de la denominación particular. Más “conciencia iluminada” y menos dirección de almas. Es la consagración del yo en el único altar religioso tolerable. Uno que no alerta a la buena conciencia tolerante.

En proyectos colectivos se convertirá en un tipo de activismo militante emocional y radical que, sin embargo, permite en su seno todas las expresiones, orígenes e intereses posibles.

En definitiva, se trata de priorizar el yo, no sobre la consigna voltaireana de una libertad que termina en la del prójimo, sino nacida de la indiferencia hacia el otro traducida en el respeto hacia las diferencias.

### **Una nueva perspectiva**

No se trata de relativismo moral como acusan tantos. La cultura contemporánea tiene un vigoroso acento en el valor de la libertad privada. La prueba está en que el menor roce a este meta-valor es enérgicamente rechazado. Y con esto, todo proyecto colectivo fundado sobre imposiciones ideológicas. No se explica de otro modo el furor anti-sectas que vio nacer el siglo XXI y que hoy decae por la indiferencia con excepción de titulares de los mass media clamando contra los escándalos de la intolerancia particularmente religiosa. Es la hora del ascenso del irracionalismo y del pensamiento mágico.

Si nadie es dueño de la verdad, luego, todos poseen la suya. El único límite es la propiedad personal: bienes, vida y libertad. Si la defensa propia es el valor más tolerado dentro de los actos violentos, la defensa colectiva contra “generalizaciones colectivas” será intolerable. Es la primacía de lo relativo sobre lo absoluto, del individuo sobre la idea.

Si se aligeran los juicios morales, éticos e ideológicos y se redefinen los permisos y restricciones, en contraparte se endurecen las medidas de protección de la tolerancia. Si emergen actos vandálicos de intolerancia, las movilizaciones serán masivas. Es la hora del populismo, mediático y colectivo.

En este contexto el terrorismo hace su ingreso: más que una pérdida de valores, decíamos, es una pérdida de sentido. No es un “todo vale” radical sino una equivalencia de “interpretaciones” que hacen repugnante toda violencia, autoridad y

sectarismo. Se reivindica el derecho a hacerlo todo, decirlo todo, negarlo todo hasta deslegitimarlo todo en nombre de hacerlo todo legítimo menos lo intolerable.

En esta escalada de incertidumbre y pérdida de referencias, no es impredecible el surgimiento de una reacción de malestar *in crescendo* radicalizada hacia el polo opuesto. La tolerancia hacia actitudes xenófobas es un buen ejemplo de la intolerancia consentida.

Pero emerge una segunda intolerancia. Una que alimentada por la deslegitimación de las referencias, dogmas y autoridades, desconoce toda autoridad fuera de sí hasta fundirse con una determinada conciencia colectiva que absorbe su libertad de conciencia. En la búsqueda de una identidad perdida en el naufragio de los sentidos, surge este fundamentalismo novedoso que une la sumisión al dogma junto a la sumisión al colectivo. En su “interpretación particular” se niega la autonomía con la fuerza con que se condena al hedonismo moderno. El dogma y la sumisión al colectivo se aceptan con el delirio místico de quien recibe la revelación de un líder sectario hasta anular el uso de la razón y la libertad bajo la forma de la esclavitud voluntaria. Un vistazo por los movimientos engendrados bajo el ala de la llamada Nueva Era nos revela el modelo prototípico previo al surgir del fundamentalismo. La búsqueda de la vivencia de lo sagrado que caracterizó al movimiento pre-hippie será la búsqueda de sentido trascendente en el caos postmoderno.

Este fundamentalismo particular tiene una segunda característica notable: siempre es marginal. Es el barrio conflictivo de la gran ciudad indiferente y a salvo de la zona de riesgo.

El problema para la postmodernidad aparece cuando lo marginal cruza la frontera e ingresa a la zona segura.

Es una incomodidad, no un peligro. La cultura entera es impermeable a los anhelos reformistas de los extremos. Y por su propia naturaleza, la tolerancia sería muy incómoda si no permitiese la pluralidad superficial que consiente *nolen volens* la diversidad para certificar su identidad tolerante.

En tanto, los extremos conmueven pero no operan los cambios emanados de los mandatos particulares que les dan forma y vida.

Es comprensible, por tanto, la urgencia de construir una suerte de “retrato robot” de la amenaza. Uno que idealmente se imprima en las cajas de leche y se fije en postes y muros, al modo de los avisos policíacos sobre delincuentes buscados. Un retrato, idealmente, universal que permita a la población “detectar” la amenaza en caso de verificar la descripción del delincuente.

Pero en esto los guardianes de la seguridad han fracasado y los delincuentes han burlado las vallas policiales conmocionando el corazón de la sociedad. Y esto inquieta.

### **Cómo construir un perfil del terrorista**

Permítanme esbozar un modelo de interpretación (siguiendo como marco de referencia los aportes de Pichon-Rivière al modelo vincular) para perfilar la psicología del terrorista.

Para esto, realizaremos un acercamiento puramente psicológico. No nacemos emocionalmente neutrales: la primera forma de vincularnos con el mundo es emocional. Nacemos, por así decir, con un agujero emocional que esperamos saciar y

alcanzar la plenitud. A veces lo logramos y por instantes somos plenos. Pronto perdemos ese contacto y retornamos a nuestra carencia vital.

Uno de los descubrimientos más apasionantes de la psicología moderna es la influencia de los sentimientos en nuestro pensamiento. En efecto, en un aparataje psicológico mucho más complejo, podemos decir que los sentimientos configuran nuestra percepción de la realidad. Sobre esta realidad censurada y exaltada, pensamos y determinamos acciones que a su vez modifican el entorno y por consecuencia nuestros sentimientos y pensamientos.

Fijemos esta idea para ingresar al modelo. Quiero centrar la atención del lector en dos aspectos en juego: el terrorista y el poder.

Para el poder, el terrorista es “muchos tipos de terrorista” según la forma de vincularse con éste. Del mismo modo, para el terrorista, el poder es muchos tipos de poder. Todo dependerá de la forma de vincularse entre ambos. En definitiva, hablamos en uno y otro caso, del Deseo. La forma de desear y lo que desean, será lo que defina la relación llamada “terrorismo”.

Desarrollemos el concepto. El terrorista desea el poder. Se encuentra en una posición de carencia y procura satisfacerla. El poder se convierte en aquello que satisfará adecuadamente su deseo. Con esto quiero descartar como primera motivación las que superficialmente se aprecian: protagonismo, trascendencia ideológica/religiosa, aceptación de sus pares, traumas infantiles no resueltos, perversiones, frustraciones no resueltas, etc.

En una primera evaluación (empírica) de su carencia, el terrorista busca satisfacer una necesidad básica para cumplir adecuadamente los fines de sus motivaciones ideológicas. Se encuentra a sí mismo frente a una amplia gama de satisfactores similares ya que existen diversas formas establecidas de acción social en su campo (política, religión, activismo social, etc.) y en otros considerados “competencia” o “enemigos” donde las características de cada cual actuarán como guías para la decisión de acción.

Para sus fines, el terrorista podría cumplir sus metas a través de los tipos de influencia y acción ya existentes en el estado de cosas que enfrenta. El liderazgo partidista en un sistema democrático con fines electorales hasta acceder a una posición determinante por un período determinado, el liderazgo espiritual en un sistema de libertad religiosa con crecientes áreas de influencia y grados de adhesión o el liderazgo social en un sistema de propaganda y compromiso colectivo, no aparecen como vías satisfactorias frente a su carencia reconocida.

En este punto de decisión, el terrorista crea una imagen sobre él y el poder (satisfactor) en el momento de acción. Es decir, la terrorista podrá experimentar en su mente el cómo se verá accediendo al poder que más satisface su carencia y cómo será visto por su círculo social.

Esto es así tanto con el terrorista particular como con el colectivo terrorista. Experimentan diversas imágenes de sí y de la mirada de su colectivo.

En otras palabras, un acercamiento profundo - aunque complejo - al terrorismo requiere comprender y explicar el comportamiento terrorista en función de cómo intenta relacionarse con el tipo de poder al que aspira.

Esta perspectiva nos permite interpretar el doble modelo del terrorismo moderno: individual y colectivo. Y también, sus acciones basadas tanto en la espectacularidad como en la eficiencia técnica de una guerra bisturí.

Siguiendo la lógica que venimos desarrollando, si el terrorista experimenta múltiples imágenes de sí según el tipo de poder al que accede y la mirada de su colectivo, podemos sostener que su acción definitiva depende de cómo se constituye el sujeto desde un “otro”. Posibilitar la distinción - y explicación – de la selección de vías adoptadas por el terrorismo es posible gracias a vínculos “puros” fundamentales que permiten comprender el núcleo básico que determina la preferencia del terrorista.

¿Qué valores, qué ideologías predominantes conforman las formas de vincularse con el poder en el terrorista?

Trazaremos imaginariamente una línea divisoria. De un lado encontramos valores y sistemas ideológicos orientados hacia la emocionalidad. Del otro encontramos los relacionados con aspectos racionales.

En un primer cuadrante colocaremos el aspecto mejor estudiado del terrorismo: el grupo. El sentimiento comunitario otorga al terrorista un sentido de “pertenencia”. Las motivaciones integradas dentro de este vínculo se enraízan con las tradiciones, las lealtades, la continuidad, la búsqueda de consensos, etc. Es, aún en grupos revolucionarios, una posición eminentemente sentimental y conservadora. Un terrorista de clase “comunitaria” se tipifica como un romántico idealista de gustos clásicos.

En el segundo cuadrante es totalmente opuesto al anterior. Encontrándose bajo el área racional, los criterios para vincularse con el poder son, por así decir, “técnicos”. A diferencia del cuadrante anterior, los criterios no son sentimentales ni apegados a tradiciones. La prioridad es la eficiencia de las acciones orientadas a un fin específico. La causa que congrega a este grupo es la visión “racionalista” de la realidad, y desde allí el sentido de practicidad. Prima lo funcional. Un terrorista de clase “funcional” se tipifica como un especialista en técnicas de guerra que coordina acciones precisas y plenamente justificadas en función al logro, a cualquier costo.

En un tercer cuadrante ubicaremos, dentro del área no emocional, los criterios orientados por la búsqueda de prestigio o status al acceder al poder. Aquí el sentimiento comunitario otorga al terrorista un sentido de “identidad”. Su pensamiento se da en una organización jerarquizada por lo “simbólico”. Priman los criterios de estatus, estética, prestigio, etc. Este vínculo primordialmente “simbolista” ofrece un modelo de terrorista idealista, de grandes discursos y profundamente jerarquizado.

Finalmente, en el cuarto cuadrante ubicaremos todos los criterios vinculados con el cuidado de los demás. El sentimiento comunitario en este caso se relaciona con la “protección”. Se congregarán aquí vínculos tales como seguridad, afecto, nutrición, salud, etc. Este conjunto vincular ofrece un prototipo de terrorista menos técnico y con un fuerte sentido popular, de redención y protección de masas. Es, probablemente, uno de los más abundantes en sus causas.

Cada uno de estos modelos no es excluyente. Cada forma de asociación puede vincularse al poder con dos, tres o los cuatro cuadrantes ubicados en distintos planos de importancia tanto en el momento como con el paso del tiempo.

El modelo propuesto nos permite traducir e interpretar la base motivacional del terrorismo, tenga éste las características que tenga. Considerando lo anterior hemos

propuesto este modelo sin intentar clasificar según la estructura formal, métodos de acción, etc.

Del mismo modo, debe ser considerada la posibilidad de que un mismo núcleo terrorista se proyecte a la sociedad y a sus pares desde cualquiera de estos cuadrantes en función de sus intereses y posibilidades. Es más, la comprensión de este modelo permite la reorientación permanente de las acciones y reacciones, teniendo en cuenta que no siempre podrá captar el interés - en el público - reclamando atributos de los cuatro cuadrantes o bien, deberá responder a las necesidades de vínculos combinatorios, siendo válido en estos casos tener en cuenta los valores considerados en los vínculos que integran la combinación.

Siguiendo con el ejemplo de los productos certificados, los mismos pueden resultar atractivos, tanto para aquellas personas que encuadran dentro del cuadrante de cuidado y protección como los del cuadrante del prestigio.

Más allá de lo expresado en el presente ensayo, nuestra propuesta pretende romper los paradigmas clásicos que existen en torno a la temática como, por ejemplo, que los terroristas padecen de alguna enfermedad mental o que obedecen a móviles económicos, que pertenecen a estructuras jerarquizadas o que forzosamente operan en redes. O incluso que sólo desde una ciencia pueden ser comprendidos. El aporte de los intelectuales es urgente. Es momento de aportar argumentos sólidos y sustento científico para pensar y justificar las ideas en un mundo postmoderno. Lamentablemente y pese a la profusión de material publicado, las evidencias indican que la actividad de opinión, análisis y estudio del terrorismo no es todo lo profesional que debería ser. Que sirva este trabajo para crear conciencia en quienes toman decisiones y definen el futuro de las sociedades, marcando límites en torno a la viabilidad analítica de los estudios desde el punto de vista social.

Por muchos años hemos asistido a panfletos ideológicos decorados como estudios donde bajo mil pretextos se disfrazan defensas y apoyos al terrorismo con la excusa de análisis geopolíticos, antropológicos, religiosos o sociales. Hoy en día la realidad sobrepasó tales ficciones y el terrorismo está sentado en la sala de visitas, preparándose para tomar el café con los comensales antes de volar la habitación.

El terrorismo como modelo de gobierno al estilo propuesto por Niccolò dei Machiavelli (1469 - 1527) ha dado paso a un terrorismo postmodernista, complejo e inquietante. Pero no por ello imposible de comprender ni de enfrentar.